

Entrevista a Juan Manuel de Prada

En el caso de Juan Manuel de Prada no resulta fácil determinar el eje de la entrevista, elegir ese aspecto central que a todo entrevistador allana el camino del necesario acercamiento. La razón reside en su intensa, amplia y muy diversa actividad como escritor tanto de novela como de ensayo, con sus artículos casi diarios en la prensa, sus inabarcables referencias literarias que revelan al lector casi compulsivo de extraordinaria cultura no solo literaria; en su verbo las más de las veces polémico en materia política, filosófica y hasta religiosa, siempre atento a la complejidad de la realidad circundante. Si sumamos su pasión por el cine, la elección es aún más compleja.

* * * *

Pregunta (P): Comenzaremos, por tanto, con su libro más reciente, *Una biblioteca en el oasis. Literatura para la fe*, que incluye una se-



lección de más de sesenta artículos literarios brillantes sobre sus “escritores predilectos”, en cuyas obras late la dimensión religiosa. Reconoce que ha encontrado en el editor “la acogida sincera (de) mis inquietudes literarias, mis pesquisas intelectuales o mi particular visión del mundo, inevitablemente inspirada por la fe que profeso”, lo que no es poco mérito en estos tiempos. Entre sus autores predilectos los hay narradores, ensayistas, teólogos... ¿Qué

podría decirnos de este proyecto en relación con nuestro tiempo y la literatura actual? Además de ser sus predilectos, ¿tienen algo en común los autores analizados y comentados?

Juan Manuel de Prada (JMP): Tal vez nuestra época sea la primera en toda la historia de nuestra civilización en que las inquietudes de índole religiosa han desaparecido de la literatura y, en general, del arte. Hemos aceptado que las expresiones del genio artístico pueden seguir siendo tales (creaciones geniales, quiero decir) prescindiendo de los aspectos sobrenaturales de la vida, “expurgándolas” de inquietudes de tipo espiritual y trascendente, negando o siquiera silenciando la intervención divina en la historia humana. Y esto, que en el fondo no es sino la expresión patética y terminal de un suicidio civilizatorio, se nos vende como un signo de progreso humano.

“Tal vez nuestra época sea la primera en toda la historia de nuestra civilización en que las inquietudes de índole religiosa han desaparecido de la literatura y, en general, del arte”.

En “Una biblioteca en el oasis” he tratado de juntar un puñado de libros que nos hablan de esa presencia de Dios en nuestras vidas, de las formas más variadas y misteriosas. He de precisar, sin embargo, que no se trata de obras de “literatura religiosa” (apologética o piadosa), sino de obras de literatura profana en las que las inquietudes religiosas forman parte de la trama... como forman parte de cualquier vida que se pretenda plenamente humana. Todos los autores analizados en mi libro participaban de esta preocupación, desde premisas muchas veces diversas (no todos los autores son católicos, hay también algunos protestantes o judíos) y, desde luego, la abordan desde géneros muy variados, y reparando en los aspectos más variopintos de la vida. Porque a Dios nada humano le es ajeno. Así, por ejemplo, hablo de libros que nos hablan de la Parusía (el tema apocalíptico me subyuga, como a Leonardo Castellani, Robert Hugh Benson o el cardenal Newman), pero también libros que nos hablan de una organización cristiana de la economía (aspecto que Chesterton y Belloc abordaron con gran acierto). Y muchas veces la aproximación a la cuestión religiosa es problemática: de ahí que en este personal “canon” se cuenten autores como Graham Greene, Flannery O’Connor o Sushaku Endo.

P.: Sus referencias a Chesterton, escritor católico converso y convencido, maravilloso padre del Padre Brown, son muy frecuentes. En nuestra sociedad es evidente que se lee poco, y menos aún a Chesterton. ¿Qué nos podría enseñar en nuestro tiempo desacralizado, que según usted abjura de las tradiciones, de la fe, de la dimensión humanística católica, universal?

JMP.: Pues nos enseña muchas y muy variadas cosas. En primer lugar, que la defensa de algo tan bello como la fe católica debe hacerse también con sentido de la belleza. ¡El estilo chestertoniano, tan paradójico y serpentino, es una gozada! Hoy en día, suele considerarse que las galas del estilo son superfluas, pero lo cierto es que el auténtico escritor se revela a través de su estilo; y el estilo mazorral revela al escritor inepto. Pero esa forma majestuosa y poseída por el genio típicamente chestertoniana se pone al servicio de un fondo lleno de hermosuras intelectuales. Chesterton es el escritor que te cuenta el catecismo como si fuera un cuento de hadas, el hombre que se posa sobre los dogmas como

“La escritura de Chesterton es luz de primavera entrando en una casa lóbrega; resucita el alma”.

la mariposa se posa sobre la flor, añadiendo belleza a la Belleza. ¡Y cuánta chispeante inteligencia hay en sus miradas sobre la realidad! La escritura de Chesterton es luz de primavera entrando en una casa lóbrega: resucita el alma.

P.: Sus novelas –*La tempestad, La vida invisible, El castillo de diamante, El silencio del patinador, Morir bajo tu cielo, Las máscaras del héroe, Mirlo blanco cisne negro, El séptimo velo, Me hallará la muerte, etc.*, entre otras muchas– han recibido elogiosas críticas, innumerables premios, y cuentan con múltiples traducciones en otras lenguas. Su obra es y seguirá siendo, a juzgar por el ritmo que imprime a su actividad creativa, sumamente extensa, variada en intereses y motivos, inabarcable incluso para sus más fieles lectores. Cabe preguntarse: ¿a pesar de tanta variedad temática hay un motivo o principio central?, ¿qué es la literatura para usted?, ¿tal vez lo esencial, el eje del pensamiento y de la vida?

JMP.: La literatura es mi vocación; y utilizo esta expresión en un sentido plenamente religioso. Dios me dio un don, que yo acepté sin reservas; y considero que toda mi vida debo entregarla a ese don que Dios me regaló generosamente. Y la manera de responder a ese don es entregarme a él, aunque me cause sufrimiento, aunque

hoy sea una locura hacerlo. Pues la degradación propia de nuestra época hace que la literatura, como en general todo arte verdadero (y no pacotilla moderna) se quede sin sitio. Pero ¿acaso el escritor, si lo es de veras, no debe ser alguien sin sitio? Hay que ir a la periferia, al extrarradio; hay que ser un “excéntrico” para ser verdadero creador. La literatura es mi forma de ser y estar en el mundo. No sirvo para otra cosa, no podría hacer otra cosa. Si me la arrebataren, sería como si me capasen, como si me lobotomizaran. Doy muchas gracias a Dios por haberme dado esa vocación y por no retirármela. Aunque, desde luego, sé bien que cuando Dios concede un don también concede un látigo; y ese látigo nos recordaba Truman Capote nos para autoflagelarse.

“Pero ¿acaso el escritor, si lo es de veras, no debe ser alguien sin sitio? Hay que ir a la periferia, al extrarradio; hay que ser un ‘excéntrico’ para ser verdadero creador”.

P.: Como autor de amplia trayectoria y de sentido crítico especial, no podemos dejar de preguntarle: ¿Cómo valora la literatura actual? ¿Es la narrativa actual

creación lingüística en la mejor tradición literaria hispánica, o un mero producto cultural?

JMP.: Creo que la literatura que premia nuestra época es fundamentalmente “producto”, o más bien “subproducto”, que no calificaré de “cultural”, salvo que por “cultura” entendamos la acumulación de baratijas, como el nido del cuco. Un nido del cuco, eso es la cultura contemporánea. Y lo es, fundamentalmente, porque ya no explica el mundo, ya no explica al hombre, ya no explica el misterio del alma humana. No puede explicarlo, porque ha renunciado (porque ha estigmatizado) la visión sobrenatural de la vida. Así que la literatura actual se decanta, cada vez más, a la explotación de fórmulas sistémicas, quiero decir, de “entretenimientos” que convienen a los que manejan el cotarro. La inmensa mayoría de las novelas que hoy aplauden los zoilos son como las series de Netflix: subproductos sistémicos concebidos para halagar los paradigmas culturales que convienen a las nuevas formas de dominación y control social. Esto no quiere decir, por supuesto, que, en medio de este clima de lamentable depauperación, no florezcan autores llenos de grandeza. En “Una biblioteca en el oasis”, por ejemplo, me refiero al menos a tres escritores actuales extraordinarios: los españoles Pablo d’Ors

“La inmensa mayoría de las novelas que hoy aplauden los zoilos son como las series de Netflix: subproductos sistémicos concebidos para halagar los paradigmas culturales que convienen a las nuevas formas de dominación y control social”.

y Enrique Álvarez; y el francés Hadjadj.

P.: Sabemos que en la actualidad ha iniciado una aventura académica, un verdadero desafío consistente en la investigación doctoral y en la elaboración de la consiguiente tesis. ¿Cómo ha surgido en usted el deseo de doctorarse? ¿Cuál es la motivación de esta aventura que exige un esfuerzo considerable cuando es ya un escritor de reconocido prestigio, con una extensa trayectoria creativa detrás? ¿Qué le ha aportado la experiencia de la investigación doctoral?

JMP.: Resulta complicado explicar la razón por la que me he lanzado a esta locura. Creo que mi amor por la literatura es tan desaforado que necesitaba plasmarlo en algo que tuviera un reconocimiento académico. Reconocimientos del mundo literario tuve muchos en

mi juventud, que ahora contemplo con cierto desdén; y no se me escapa que la Universidad está atravesando una fase de decadencia y abajamiento pavorosos. Pero tenemos el deber de mantener una llama encendida, que ayude a alumbrar la tiniebla. Por otro lado, tenía una especie de compromiso moral con la escritora a la que dedico mi tesis, una poeta catalana que murió en el olvido, Ana María Martínez Sagi, a la que ya hace veinte años dediqué una primera aproximación biográfica, titulada “Las esquinas del aire”. Ella me pidió que a los veinte años de su muerte diese a conocer su obra inédita, cosa que ya he empezado a hacer con la publicación de una antología de su obra, titulada “La voz sola”. Pero a lo largo de estos veinte años he conocido muchos aspectos de su vida y de su obra nuevos, y decidí que era el momento de escribir una tesis, que además me está saliendo a la antigua usanza, con muchos cientos de páginas. La experiencia de la investigación ha sido fascinante, pues me obligó a viajar a muchos países y frecuentar muchos archivos, una tarea que milagrosamente concluí justo antes de que estallase la plaga del coronavirus.

P.: Si con todo derecho, y en relación con su obra periodística y ensayística en el ámbito político, religioso, ideológico, rechaza las etiquetas que generalmente se

le atribuyen –*conservador, reaccionario, etc.*–, ¿cómo se definiría? ¿Cómo desearía ser considerado en el futuro?

JMP.: Soy una persona católica, creo en los dogmas que proclama la Iglesia y he tenido una experiencia personal de la Redención. Además, me considero parte de una tradición cultural que el cristianismo refunda y reverdece; una tradición que me parece valiosa e imperecedera. Mi pensamiento, en línea generales, se adhiere al pensamiento tradicional católico; pero no creo ser una persona “ideológica”. De hecho, a medida que me he ido haciendo más católico he dejado de ser ideológico; cada vez más, los postulados de “izquierdas” y “derechas” me parecen mayores bazofias. A fin de cuentas, las ideologías son herejías del cristianismo, que rompen en mil pedazos la visión abarcadora de las realidades sobrenaturales y naturales que tiene el cristianismo,

“*A fin de cuentas, las ideologías son herejías del cristianismo, que rompen en mil pedazos la visión abarcadora de las realidades sobrenaturales y naturales que tiene el cristianismo, para quedarse con tales o cuales añicos*”.

para quedarse con tales o cuales añicos. Pero esos añicos, desgajados del cuerpo que les daba sentido, me parecen por completo insatisfactorios, amén de destructivos del alma. Pero, siendo católico, me molesta la designación de “escritor católico”; no decimos de Lope de Vega o de Miguel de Cervantes, ni siquiera de Valle Inclán o Unamuno que eran “escritores católicos”, por la sencilla razón de que serlo ha sido en España durante muchos siglos lo más normal del mundo. Hoy, cuando se dice “escritor católico” se quiere, en el fondo, caracterizar al escritor como un *friqui* o un desfasado. Y esto es radicalmente falso: yo me considero escritor de mi tiempo, con las inquietudes propias de mi tiempo, iluminadas a la luz de una tradición que considero más vigente que nunca. Tan vigente y subversiva del falso orden establecido que por ello mismo ha sido expulsada a los arrabales.

P.: Frente a la pobreza léxica de muchos articulistas –y más todavía de ciertos tertulianos–, hay un aspecto que destaca en su obra, en la línea del mejor *articulismo* periodístico y que evoca al mejor Clarín de los *Paliques*: el acierto expresivo en el neologismo con vocación de perdurabilidad, como por ejemplo ya desde el título de *Dinero, demogresca y otros podemonios*. ¿Qué papel asigna al neologismo en relación con la ex-

presión de realidades o de sentidos nuevos?

JMP.: Pienso que nuestra hermosa lengua tiene una riqueza apabullante que permite designar el mundo, cualquier realidad del mundo. En este sentido, creo que el neologismo se puede hacer siempre desde nuestra lengua, con sentido de su historia, de su eufonía, de sus infinitas posibilidades combinatorias. El recurso al anglicismo, o a cualquier otro tipo de barbarismo idiota, denota sobre todo desamor y desconocimiento de nuestra lengua. Pero, claro, sólo amamos aquello que conocemos. Yo nunca me he cansado de asomarme a los veneros de nuestra lengua; y de esas expediciones, en efecto, me traigo de vez en cuando neologismos, pero siempre amorosamente respetuosos con nuestro acervo léxico.

P.: Precisamente en relación con su profusa obra ensayística, su *Cartas del sobrino a su diablo* nos

“El recurso al anglicismo, o a cualquier otro tipo de barbarismo idiota, denota sobre todo desamor y desconocimiento de nuestra lengua. Pero, claro, sólo amamos aquello que conocemos” .

ofrece la visión satírica de la crisis actual en tiempos de pandemia, un análisis mordaz, cruel por momentos, de la *biopolítica* en terminología de Foucault que según usted nos domina. ¿No cree excesiva su denuncia, como cuando afirma que estamos ante “un experimento social que ha entregado a la muerte a nuestro personal sanitario”? ¿Cuál es el sentido último que está en la base de su crítica?

JMP.: En primer lugar, considero que los experimentos de la biopolítica no son algo nuevo, que se haya empezado a probar con ocasión de la plaga del coronavirus. La biopolítica es la forma de dominación contemporánea, que busca, mediante mecanismos de control social, tiranizar las conciencias, someterlas a los paradigmas culturales que convienen al poder, etcétera, creando un rebaño de gentes sumisas y temblonas. La inane sumisión con la que estamos aceptando un proceso de reformateo antropológico sin que brote la rebelión es en verdad, amedrentador.

Que una generación como la nuestra, por ejemplo, esté naturalizando aberraciones como el aborto o el cambio de sexo, así como la constante perversión de nuestros hijos, horrorizará a las generaciones venideras. Se está llevando a cabo –permítame el uso de la ex-

presión de C. S. Lewis— una auténtica “abolición del hombre”, que se logra mediante la anulación de su capacidad de discernimiento moral; una labor que no habría sido posible sin la remodelación de nuestras almas que impone el capitalismo (que no es una mera forma de organización económica, sino sobre todo una revolución antropológica que convierte en un objeto de consumo nuestros afectos, nuestra identidad, nuestro propio cuerpo).

En este contexto, la vida deja de tener un sentido sagrado: por eso ni siquiera queremos saber nada de ella. Así se explica que dejáramos morir a nuestros padres y abuelos solos como perros, sin posibilidad de recibir los sacramentos (algo gravísimo); de ahí también que se haya permitido que nuestros gobernantes hayan mentido sobre tantas cosas, y que hayan permitido que los médicos y el personal

“El capitalismo... no es una mera forma de organización económica, sino sobre todo una revolución antropológica que convierte en un objeto de consumo nuestros afectos, nuestra identidad, nuestro propio cuerpo”.

sanitario trabajasen sin la protección debida.

P.: En este libro y en sus crónicas periodísticas nos habla de “fenómenos perturbadores en el ámbito político y social”, como la devastación del sistema productivo español, “la venta ignominiosa de la ciencia al mejor postor y a determinadas organizaciones”—la crisis reciente de las vacunas o el papel de la OMS en la pandemia parecería darle la razón—, etc. ¿Existe a su entender alguna posibilidad de superar este ciclo que considera perverso?

JMP.: Naturalmente, todas estas iniquidades serán vencidas cuando el hombre reniegue de su soberbia, reconozca su fragilidad y se vuelva a Dios. No se trata de negar la eficacia de las vacunas, sino de reconocer que necesitamos otro tipo de sanación, de índole espiritual. Se trata de reconocer que somos seres en los que Dios ha infundido un alma, que es el mayor de los tesoros, porque nos permite tener comunicación con Él. Cuando cegamos esas vías de comunicación, el hombre se agosta, se corrompe y muere para la vida espiritual, que es la que alumbrá las realidades naturales. Naturalmente, una sociedad que volviera a entrar en comunicación con Dios tendría soluciones para los problemas políticos, sociales y economi-

“No se trata de negar la eficacia de las vacunas, sino de reconocer que necesitamos otro tipo de sanación, de índole espiritual”.

cos totalmente contrarias a las que hoy erróneamente se emplean.

P.: Sostiene usted que el gobierno actual es “lacayo” del mundo “apátrida” de las finanzas, y a la vez, “aureolado de retóricas comunistas”. Además, que “necesita un mundo en el que las clases medias estén cada vez más deterioradas; [...] donde cada vez más personas cobren salarios mínimos que, sin embargo, no sean tan ínfimos como para que su resentimiento se vuelva contra los auténticos causantes de su desgracia, sino... contra quienes todavía cobran algo más que ellas”. ¿Qué podría hacerse frente a un panorama

“Hay que volver a estimular las economías locales y nacionales, y tender hacia una propiedad cada vez más repartida, que es exactamente lo que pretenden evitar las fuerzas plutocráticas transnacionales”.

tan sombrío para superar la mera denuncia, y conseguir la efectividad de un cambio real?

JMP.: Creo que la solución la aporta nítidamente el pensamiento social cristiano. La autoridad política tiene que volver a ser árbitro y no lacayo de los intereses económicos. Hay que volver a estimular las economías locales y nacionales, y tender hacia una propiedad cada vez más repartida, que es exactamente lo que pretenden evitar las fuerzas plutocráticas transnacionales. Si tú, en lugar de hacer billonario a Amazon, consigues crear un tejido de pequeños propietarios, vas a conseguir que la riqueza se reparta más. Y, a la vez, vas a robustecer los vínculos comunitarios: el prójimo volverá a tener rostro. Y crearemos sociedades mucho más arraigadas, con familias más unidas, a la vez que el problema de la inmigración se reduciría drásticamente. Por eso digo que los gobernantes son lacayos de la plutocracia: al aceptar su designio de concentración de la riqueza y la propiedad en muy pocas manos, arrasan las economías nacionales y locales, los vínculos humanos, el arraigo de los seres humanos, que además ya no quieren tener hijos (Chesterton sabía que antinatalismo y capitalismo son haz y envés de un mismo problema). Provocan una terrible demolición antropológica.

P.: En *La Nueva Tiranía* (2009) plantea con crudeza, pero con argumentos y datos constatables, la configuración de un *Matrix progre*, la nueva sociedad en la que se están destruyendo los cimientos del orden social cristiano, no solo atribuible a la izquierda política y cultural: tanta o más culpa tiene, según usted, la derecha “maniatada” que acepta las reglas que le impone la izquierda. Ante este panorama, ¿Cómo preservar los cimientos del orden social cristiano?

JMP.: Bueno, en realidad izquierda y derecha se intercambian los cromos: la derecha impone el orden capitalista que la izquierda acepta sin excesivo quebranto y la izquierda a cambio impone su agenda de cambio de las costumbres

“Bueno, en realidad izquierda y derecha se intercambian los cromos: la derecha impone el orden capitalista que la izquierda acepta sin excesivo quebranto y la izquierda a cambio impone su agenda de cambio de las costumbres que la derecha acepta de mil amores. Así se consume la devastación antropológica”

que la derecha acepta de mil amores. Así se consume la devastación antropológica. Pero bastaría, como decía antes, que una generación se quitase las anteojeras del fanatismo ideológico y volviera a mirar dentro de sí para darse cuenta de que este progresismo (híbrido de liberalismo y marxismo), este Estado servil (híbrido de capitalismo y comunismo) es una monstruosidad, y además monstruosidad doble. El orden social cristiano se restablecerá cuando surja una minoría pujante, llena de fe, esperanza y caridad, capaz de convencer a su generación. Gente con la mirada clavada en el cielo y los pies afirmados en el suelo.

P.: A menudo sus artículos reciben críticas aceradas de ciertos lectores, colegas sobre todo, que paradójicamente tergiversan sus afirmaciones, dando incluso la sensación de que han leído otro artículo. Llama la atención el especial encarnizamiento cuando defiende las raíces cristianas de nuestra cultura, o denuncia de acuerdo con el principio de defensa de la vida la actitud hacia el aborto o la eutanasia. ¿Cómo despojar de las “razones” acriticamente aceptadas ya por la mayoría del aborto convertido en un derecho? ¿Qué piensa de la aprobación de la eutanasia?

JMP.: El principio hegeliano de autodeterminación, que dota al

hombre de una “libertad del querer” capaz de transformar el mundo y disponer de él, es la mayor aberración filosófica concebible. Esta “autonomía de la voluntad” es la que ha convertido a cada ser humano en un tiranuelo que puede desprenderse de su familia, de la vida que porta dentro de sí, de su propia vida enferma. Pero la verdad antropológica es que el ser humano es un ser dependiente; basta observar la naturaleza, para descubrir que no hay ningún otro ser menos “soberano”, más “dependiente” que el hombre: depende de sus padres para sobrevivir durante años, depende de otras personas para no morir de soledad, angustia o falta de afecto; depende de sus antepasados, para nutrirse de una tradición cultural; depende de Dios para, mediante la comunicación que con Él establece, tener una vida plena.

Cuando una generación se dé cuenta de esta evidencia, caerán los velos que nos impiden ver

“Esta ‘autonomía de la voluntad’ es la que ha convertido a cada ser humano en un tiranuelo que puede desprenderse de su familia, de la vida que porta dentro de sí, de su propia vida enferma”.

nuestra realidad, y protegeremos la vida como lo que es: el eslabón más precioso entre Dios y el mundo, cuya misión es cuidar amorosamente toda forma de vida que le ha sido encomendada. Respecto a los odios que mis posiciones provocan en muchos colegas... ¿Es necesario que le repita la historia de Caín y Abel? Dios aceptaba los sacrificios de Abel porque le eran gratos; los Caínes, cuyos sacrificios resultan baldíos, siempre se revuelven furiosos por envidia y despecho, por muchos libros que vendan o muy famosos que sean, y aunque Abel sea un pobre escritor apestado como yo.

P.: Usted dice “repudiar igualmente el peligro de adorar las cenizas, como a veces postula cierto conservadurismo ciego, erigiéndose en guardián de las esencias”. Pero también rechaza el comunismo, el liberalismo “corrosivo”, y la impostura del progresismo que “ha decretado la falta de dogmas por lo que todo vale, incluida la mentira en su máxima expresión y alcance”. ¿Hay un modo posible de vinculación honrada de política e ideología? ¿O estamos abocados a la continua decepción y al sometimiento?

JMP.: La única política honrada debe enterrar las ideologías, como sucedáneos religiosos que son. No confío que haya posibilidad

de una sociedad justa mientras las ideologías en liza mantengan envascadas a los pueblos. Pero las ideologías son torres de Babel que, tarde o temprano, caerán derrumbadas. Sólo pido que para entonces no venga el Reinado del Anticristo, cosa que también podría suceder; pues, como nos dijo Newman en uno de sus sermones (que comento en “Una biblioteca en el oasis”) nadie se parecerá tanto a Cristo como el Anticristo (aunque, por supuesto, será un parecido paradójico).

P.: Se ha confesado cinéfilo voraz, (y omnívoro) desde la infancia. Así queda reflejado en *Los tesoros de la cripta*; y en el programa televisivo de *Lágrimas en la lluvia*, donde tras la película clásica se provocaba un análisis y una tertulia en la que se daban interesantes sinergias en política, religión, literatura, arte... ¿Qué opina del cine actual y su competencia con las series de plataformas varias que nos inundan?

JMP.: Soy, en efecto, un cinéfilo omnívoro e insomne. Creo que, en general, el cine es la expresión artística más vulnerable, porque tiene más dependencia tal vez que ninguna del Dinero, y, por lo tanto, es la más susceptible de ser convertida en mera mercancía. Aunque ha habido épocas gloriosas en que esa difícil superviven-

cia del arte en medio del Dinero alcanzó una amalgama perfecta. Creo que esta amalgama es cada vez más problemática porque las empresas que producen cine o series televisivas tienen una agenda antropológica que en otras épocas no tenían, o no de manera tan marcada. Walter Lippman, uno de los teóricos del neoliberalismo, decía que los cambios en el sistema de producción exigían cambios en las costumbres, en las ideas y, finalmente, en las almas. Y esto es lo que creo que hacen hoy las grandes compañías cinematográficas y televisivas: cambiar las almas. Creo que, cada vez más, el escaso cine valioso que siga alumbrado la verdad humana procederá de productores independientes dispuestos a desafiar los paradigmas culturales vigentes. ■

“Creo que, en general, el cine es la expresión artística más vulnerable, porque tiene más dependencia tal vez que ninguna del Dinero, y, por lo tanto, es la más susceptible de ser convertida en mera mercancía”.